

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

LUCY MAUD MONTGOMERY

GRACIAS A JULIO CÉSAR

El lunes por la tarde, Melissa me mandó decir que el martes nos ocuparíamos de la lista de suscripciones para poner almohadones en los bancos de la iglesia, pero le contesté que prefería ir el jueves. No tenía ninguna objeción en particular con respecto a ir el martes, pero Melissa suele tomar decisiones por su cuenta, sin consultar a nadie, y no creo que siempre haya que permitirle hacer las cosas a su manera. Melissa es mi prima, somos muy amigas y en realidad la aprecio mucho, pero no es cuestión de cruzarse de brazos y dejar que a una la pisen. Finalmente, decidimos ir el miércoles.

Cada vez que se habla de un nuevo proyecto para la iglesia, para el cual se necesita dinero, tiemblo porque sé que nos enviarán a Melissa y a mí. Dicen que nosotras siempre logramos reunir más dinero que los demás y, por otra parte, deben de creer que como Melissa es soltera y yo, viuda, disponemos del tiempo necesario sin que ello represente una molestia para nosotras. Durante dos años recorrimos el pueblo entero para recaudar fondos para viviendas, reuniones sociales y cenas, pero ya es suficiente; al menos yo ya estoy harta y supongo que Melissa también.

El miércoles por la mañana partimos contentas y bien temprano, porque Jersey Cove es grande y sabíamos que nos llevaría todo el día. Debíamos caminar porque ninguna de las dos tenía caballo, pero, de todos modos, el caballo resulta una molestia cuando hay que bajarse a abrir y cerrar los portones de cada casa. Era un día espléndido, si bien se anunciaba caluroso, y nosotras estábamos más alegres de lo que se puede esperar, si se considera la desagradable expedición que debíamos emprender.

Cuando Melissa llegó, la estaba esperando en el portón de mi casa. Al verme, se sorprendió y me miró con ojos de desaprobación. Pensó que yo era una tonta en haberme puesto mi vestido de muselina floreada y mi mejor sombrero, aquel con alas de color rosa pálido, para caminar bajo el calor y el polvo. Pero yo no era ninguna tonta. Mi amplia experiencia en recaudación de fondos me indicaba que cuanto mejor vestida y cuanto más linda estaba, más dinero obtenía, es decir, siempre que se tratara de hombres, como en este caso. De lo contrario, me habría puesto la ropa más vieja y más fea, acorde con la decencia. Eso fue precisamente lo que llevaba puesto Melissa, por decirlo así, que estaba vestida con mucho decoro y poco atractivo, excepto por el cabello que le caía sobre la frente, tan suave, esponjoso y elaborado como siempre. Nunca logré entender cómo hacía para tenerlo tan bien arreglado en todo momento.

Durante la primera mitad del día no sucedió nada en particular. Algunos gruñeron y no colaboraron con nada, pero en líneas generales, nos fue muy bien. Si hubiese sido una suscripción para una acción de beneficencia, habría sido peor, pero cuando se trataba de brindarles más comodidad, como en el caso de poner almohadones en los bancos de la iglesia, se mostraban muy generosos. Al mediodía fuimos a la casa de Daniel Wilson y tuvimos que almorzar allí. Si bien teníamos hambre, no comimos mucho: la comida de Mary Wilson siempre fue objeto de burla de Jersey Cove. No es de extrañarse de que Daniel sea dispéptico, pero dispéptico o no, nos dio una gran suscripción para los almohadones y nos dijo que estábamos más jóvenes que nunca. Daniel siempre fue muy galante y se comenta que Mary está celosa.

Cuando salimos de la casa de Wilson, Melissa me dijo con un tono de voz que indicaba que estaba tomando valor para cumplir con un deber desagradable:

—Supongo que será mejor que vayamos a la casa de Isaac Appleby ahora y así acabamos pronto con eso.

Estuve de acuerdo. Había aguardado con miedo ese momento. No es muy agradable ir a la casa del hombre a quien uno acababa de rechazar como marido para pedirle dinero; y ambas estábamos en la misma situación.

Isaac era un solterón con buenas intenciones que jamás pensó en casarse hasta que, el invierno pasado, su hermana murió. Luego, no bien terminó la siembra de la primavera, Isaac comenzó a buscar esposa. Primero vino a mí y, de buena manera pero con voz firme, le dije que no aceptaba. Isaac me gustaba, pero yo estaba muy cómoda sola y no tenía ganas de arrancar mis raíces y mudarme a otro lugar. Además, el modo con que Isaac me cortejaba me resultaba un tanto rígido y sistemático y yo no puedo prescindir de cierta dosis de romanticismo; es mi temperamento.

Isaac estaba desilusionado y me lo dijo, pero luego pensó que no era tan terrible y que la próxima vez tendría más éxito. Melissa fue la siguiente a quien le propuso matrimonio, después de un lapso razonable de dos semanas, pero Melissa también lo rechazó. Debo admitir que me sorprendió, porque sabía que Melissa estaba bastante ansiosa por casarse, pero ella siempre sintió antipatía por Isaac debido a un viejo antagonismo entre ambas familias. Además, un antiguo novio, un viudo de Kingsbridge, parecía interesado otra vez en ella y sospecho que Melissa tenía esperanzas al respecto. Por último, creo que no le gustó ocupar el segundo lugar en la elección.

La cuestión es que Melissa rechazó la propuesta del pobre Isaac, cualquiera haya sido la razón, y eso puso fin a sus proyectos matrimoniales, al menos en Jersey Cove, puesto que aquí no había ninguna otra posibilidad; es decir, no había otra mujer de la edad de Isaac. Yo era la única viuda y las mujeres solteras, con excepción de Melissa, ya eran viejas solteronas.

Eso había ocurrido hacía tres meses y desde entonces, Isaac no salía de su casa. Nadie sabía cómo se las arreglaba, ya que la casa de Appleby queda a un kilómetro de cualquier otro lugar. El sendero de la casa conduce a la costa, por lo cual es un lugar muy solitario. Éste fue uno de los aspectos que consideré cuando decidí rechazar la propuesta matrimonial de Isaac.

—Escuché decir a Jarvis Aldrich que ahora Isaac tiene un perro —dijo Melissa cuando por fin divisamos la casa. A propósito, era una casa muy linda, construida hacía sólo diez años—. Según Jarvis, es de raza importada. Sólo espero que no tenga mal genio.

Les tengo un pánico atroz a los perros. Cuando llegamos entré temblando, detrás de Melissa. Estábamos a mitad de camino, cuando Melissa lanzó un grito:

—¡Anne, mira! ¡Allí está el perro!

Allí estaba y el problema fue que no se quedó donde estaba, sino que comenzó a acercarse con paso rígido y decidido. Era un dogo y tenía el tamaño suficiente como para morder un cuerpo entero. Además, era lo más feo que había visto en perros en mi vida.

Tanto Melissa como yo perdimos la cabeza. Comenzamos a gritar, dejamos caer nuestras sombrillas y siguiendo nuestro instinto, llegamos hasta el único refugio que estaba a la vista: una escalera apoyada contra la pared de la casa. Tengo cuarenta y cinco años y soy un poco más que rolliza, de modo que subir escaleras no es mi deporte preferido. Pero esa vez subí con la agilidad y la gracia de una muchacha de dieciséis años. Melissa me siguió y pronto nos encontramos en el techo —por suerte, era plano— sofocadas y jadeantes, pero seguras, a menos que ese endemoniado perro también pudiese subir escaleras.

Me arrastré con cuidado hasta el borde del techo y me asomé. El animal estaba sentado al pie de la escalera y era evidente que no tenía nada que hacer con su tiempo. El brillo de sus ojos parecía decir: «Logré arrinconar a dos inconscientes cazadoras de suscripciones y arrinconadas se quedarán. Esto es lo que yo llamo gratificante».

Le informé a Melissa sobre el estado de la situación.

—¿Qué haremos? —pregunté.

—¿Qué haremos? —repitió Melissa con tono mordaz—. Quedarnos aquí hasta que Isaac Appleby aparezca y se lleve a ese animal. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Y qué haremos si Isaac no está en la casa? —insinué.

—Nos quedaremos hasta que regrese. ¡Qué situación tan agradable! ¡Éste es el resultado de recaudar fondos para poner almohadones en la iglesia!

—Podría haber sido peor —sugerí tratando de alentarla—. ¡Imagínate si el techo no hubiese sido plano!

—Llama a Isaac —dijo Melissa de pronto.

No se me había ocurrido llamar a Isaac. Comencé a gritar y cuando Melissa vio que Isaac no aparecía, se dignó llamarlo ella también. Pero por más que gritásemos con todas nuestras fuerzas, Isaac no aparecía y ese perro permanecía allí sentado, mientras por dentro sonreía.

—Es inútil —dijo Melissa con malhumor—. Isaac Appleby está muerto o tal vez salió.

Transcurrió media hora, pero parecía que hubiese pasado un día entero. En ese techo, el sol hervía y nosotras estábamos casi derretidas. Teníamos una sed mortal y el calor nos provocaba dolor de cabeza. Yo veía cómo mi vestido de muselina se desteñía delante de mis propios ojos. En cuanto a las rosas de mi mejor sombrero, estaban en un estado demasiado desolador como para hablar de ellas.

De pronto vimos algo agradable: Isaac Appleby se acercaba caminando por el corral con una azada sobre el hombro. Tal vez había estado trabajando en la parte trasera de la casa. Lo cierto es que nunca supuse que me alegraría tanto de verlo.

—¡Isaac, Isaac! —grité con alegría, al mismo tiempo que me inclinaba hasta donde me atrevía.

Isaac levantó la vista y se sorprendió al vernos a Melissa y a mí estirando el cuello por el borde del techo. Luego vio al perro y comprendió la situación. El animal sonreía.

—Llévate a ese perro y permítenos bajar, Isaac —le supliqué.

Isaac se detuvo y estudió la situación durante un momento. Luego se acercó con paso lento y antes de que pudiésemos darnos cuenta de lo que estaba por hacer, sacó la escalera y la puso en el suelo.

—Isaac Appleby, ¿qué pretendes hacer? —preguntó Melissa furiosa.

Isaac se cruzó de brazos y nos miró. No habría sido fácil determinar quién tenía la expresión más firme: él o el perro. Pero debo decir algo a favor de Isaac: superaba a su perro en cuanto a aspecto.

—Lo que pretendo es que ambas se queden allí, en el techo, hasta que alguna de las dos acepte casarse conmigo —dijo Isaac con voz solemne.

Me quedé boquiabierta.

—Isaac Appleby, ¡no puedes estar hablando en serio! —grité sin poder creer lo que acababa de escuchar—. ¡No podrías ser tan malvado!

—Estoy hablando en serio. Quiero una esposa y la tendré. Se quedarán allí y Julio César las vigilará desde aquí hasta que decidan quién se queda conmigo. Pueden arreglarlo entre ustedes y cuando hayan tomado alguna decisión, háganmelo saber.

Con esas palabras, Isaac se alejó con paso ágil y entró en la casa.

—¡Ese hombre no puede estar hablando en serio! —exclamó Melissa—. Está bromeando.

—No, no está bromeando —dije con tono sombrío—. Un Appleby nunca dice algo en broma. Nos dejará aquí hasta que alguna de nosotras acepte casarse con él.

—En ese caso, no seré yo —dijo Melissa furiosa pero serena—. No me casaré con él aunque deba permanecer sentada en este techo toda mi vida. Puedes casarte tú. En realidad, te quiere a ti. Después de todo, fue a ti a quien primero le propuso matrimonio.

Siempre supuse que eso le había dolido.

Antes de decir algo más me detuve a pensar en la situación. Por cierto, no podíamos bajar de ese techo y si llegábamos a lograrlo, estaba Julio César. La casa de Appleby estaba alejada de cualquier otra casa de Jersey Cove y tal vez nadie viniese hasta dentro de una semana. En realidad, la gente de Cove saldría a buscarnos al no vernos aparecer, pero de cualquier modo eso no sería antes de dos o tres días.

Melissa me había dado la espalda y estaba sentada con los codos apoyados sobre las rodillas mirando el mar con expresión sombría. Sabía que no lograría convencerla de que se casara con Isaac. En cuanto a mí, no tenía ninguna objeción a casarme con él después de todo, porque si bien no era romántico, tenía buen carácter y una gruesa cuenta en el banco. Pero no me gustaba que me forzaran de esa manera.

—Sería mejor que tú te casaras, Melissa —dije con voz suplicante—. Yo ya tuve un marido y uno es suficiente.

—No, gracias. Para mí también es más que suficiente —contestó Melissa con sarcasmo.

—Isaac es un hombre agradable y tiene una hermosa casa y, además, no tienes ninguna seguridad de que ese hombre de Kingsbridge tenga reales intenciones de casarse —continué.

—Preferiría —dijo Melissa con esa misma calma— arrojarme de este techo y romperme el cuello o que esa fiera de allí abajo me devorara de a poco, en vez de casarme con Isaac Appleby.

Después de esa respuesta era inútil seguir insistiendo. Permanecimos en silencio; las horas se hacían interminables. Tenía calor, hambre y sed y estaba furiosa. Por otra parte, me sentía en una posición ridícula, lo cual era peor que todo el resto... Podíamos ver a Isaac cómodamente sentado bajo la sombra de un manzano en el huerto de adelante leyendo un diario. Creo que si no nos hubiese provocado de esa manera, yo habría cedido mucho antes. Pero como estaban las cosas, decidí ser tan obstinada como todos. Éramos cuatro los obstinados: Isaac, Melissa, Julio César y yo.

A las cuatro de la tarde, Isaac se levantó y entró en la casa. Poco después, volvió a salir con una canasta en una mano y un ovillo de sogas en la otra.

—No me propongo matarlas de hambre —dijo con amabilidad—. Les tiraré este ovillo de sogas y luego ustedes podrán levantar la canasta.

Fui yo quien tomó el ovillo, ya que Melissa no se dignó a darse vuelta en ningún momento. Yo también hubiese preferido mirarlo con desdén y rechazar la comida, pero tenía tanta sed que guardé el orgullo en el bolsillo y levanté la canasta. Además, pensé que eso nos podía permitir aguantar más tiempo, hasta que surgiera alguna posible escapatoria.

Isaac regresó a la casa y yo desembalé la canasta. Había una botella de leche, un poco de pan con manteca y un pastel. Melissa no quiso comer nada, pero estaba tan sedienta que no pudo rehusarse a tomar un sorbo de leche.

Trató de levantarse el velo y... algo se le había atascado. Melissa dio un tirón con fuerza y se arrancó el velo, el sombrero... ¡y todo el cabello de adelante!

Nunca vi un espectáculo semejante. Siempre sospeché que Melissa usaba una peluca pero nunca lo había comprobado.

Melissa se sujetó otra vez el cabello, se colocó el sombrero y tomó un vaso de leche sin decir una sola palabra, pero le ardían las mejillas. Me dio pena verla así.

Y cuando traté de comer ese pan, también sentí pena por Isaac. El pan estaba ácido y horrible. En cuanto al pastel, era imposible comerlo. Lo probé y luego se lo arrojé a

Julio César, que, como no era tan exigente, no vaciló en devorarlo. Supuse que así tal vez aquella fiera moriría, ya que podía suceder cualquier cosa si uno comía ese pastel. Aquél era un fuerte argumento a favor de Isaac. No cabían dudas de que un hombre que se alimentaba de esa manera debía sentir la necesidad imperiosa de encontrar una esposa; por lo tanto, se le podía perdonar el hecho de que recurriera a medidas tan desesperadas para conseguirla. De todos modos, estaba cansada de asarme en ese techo.

Pero fue la tormenta lo que me decidió. Cuando vi que desde el noroeste se aproximaba con velocidad una tormenta negra, no tardé en rendirme. Había aguantado bastante y estaba dispuesta a seguir soportando, pero había pagado diez dólares por mi sombrero y no iba a permitir que una tormenta me lo arruinara. Llamé a Isaac.

—Isaac, acepto casarme contigo, si nos permites bajar y si prometes deshacerte de ese perro antes de que yo venga a vivir aquí —dije—, pero haré que te arrepientas de todo esto.

—Correré el riesgo, Anne —me respondió—, y por supuesto venderé el perro. No lo necesitaré cuando te tenga a ti.

Isaac quiso ser galante, aunque ustedes no lo habrían entendido así, si hubiesen visto la cara de ese perro.

Isaac le ordenó a Julio César que se marchara y trajo la escalera. Se puso de espaldas a nosotras —muy considerado de su parte— para que pudiésemos bajar. Tuvimos que ir a su casa y permanecer allí hasta que parara la lluvia. Yo no había olvidado el propósito de nuestra visita; por lo tanto, extraje la lista de suscripciones.

—¿Cuánto dinero tienen? —preguntó Isaac.

—Setenta dólares y necesitamos ciento cincuenta —contesté.

—Yo les daré los ochenta restantes —dijo Isaac.

Debo admitir que los Appleby nunca fueron miserables en lo que se refiere a dinero.

Cuando el cielo se despejó, Isaac se ofreció a llevarnos a casa, pero no acepté. Quería hablar con Melissa a solas, antes de que divulgara todo el asunto.

Cuando volvíamos a nuestras casas, le dije:

—Espero que no menciones nada de lo que pasó, Melissa. No me importa casarme con Isaac, pero no quisiera que la gente sepa lo que sucedió.

—No diré nada —dijo Melissa, al mismo tiempo que se reía de una manera un tanto burlona.

—Porque —agregué para dejar resuelto el asunto, mientras le dirigía una mirada significativa a su cabello— yo también tengo algo para contar.

Melissa se morderá la lengua antes de hablar.